

tuve al veros en el congreso de Verona, debió daros á conocer cuán distinguidos eran los sentimientos que me inspirásteis por la noble adhesion á la sagrada causa del altar y del trono. Distéis nuevo pábulo á esos mismos sentimientos, ya sea por los principios que profesásteis en quella reunion solemne, ya sea por el brillo con que aquella adhesion y talentos han aparecido en esa época no menos importante y difícil

que gloriosa para la Francia y para su rey. Mi augusto y bien amado hermano político, ha querido últimamente reiteraros altos testimonios de su satisfaccion, y á mí me cabe la mas viva al daros la mas elevada demostracion de mi aprecio, nombrándoos caballero de mi suprema Orden de la Anunciada, cuyas condecoraciones os seran entregadas por mi primo, el conde de La Tour. Tambien considero como muy agra-



FERNANDO VII.

dable el tener con ese motivo ocasion de expresaros directamente los deseos que me inspirais y ruego á Dios que os tenga, primo mio, en su santa guarda.

CARLOS FELIZ.

DE LA TOUR.

M. De La Tour á M. de Chateaubriand.

Turin 15 febrero 1824.

Señor vizconde:

Tengo el honor de dirigir á V. E. adjuntas una carta del rey y las condecoraciones de su órden suprema de la Anunciada que S. M. me encarga trasmitiros.

Al nombraros caballero de esa ilustre Orden, el rey

ha querido daros la mas alta demostracion pública de su aprecio, y manifestaros tambien públicamente, que sobre todo en circunstancias tan graves como las del año último, en que tanta sabiduría y talentos han distinguido vuestro ministerio, no debe la satisfaccion del rey cristianísimo, su muy amado hermano político, confundirse con la suya.

Conociendo V. E. los sentimientos que le he sinceramente profesado, particularmente desde que tuve el honor de verlo en Verona, y el recuerdo lleno de gratitud que conservaré siempre de los que desde entonces se ha servido manifestarme, será fácil que V. E. comprenda lo muy grato que me será cumplir en esta ocasion con uno de los mas dulces deberes

que mi augusto soberano ha podido imponerme.

Al suplicaros, señor vizconde, os dignéis aceptar mis mas solícitos cumplimientos y al felicitar me vivamente de poder contar con una relacion mas, y tan particular sobre las que habia tenido ya la dicha de contraer con V. E. le ofrezco nuevas seguridades de la muy distinguida consideracion con que me cabe el honor de ser

Señor Vizconde
de Vuestra Excelencia
el muy humilde y muy respetuoso servidor
DE LA TOUR.

VI.

Mi caída.—Los Cordones.

No habríamos hablado de los cordones si ese asunto no hubiera producido una tempestad que estuvo á punto de derribarnos y de terminar súbitamente la expedicion de España. Esos cordones hicieron nacer envidias, y sin embargo M. de Villele era muy superior á esas intrigas de la córte.

La Rusia mandó entregar el cordon de San Andrés á M. de Montmorency, así como encargó á su em-



EL PRÍNCIPE JULIO DE POLIGNAC.

bajador que nos diera el nuestro personalmente. Luis XVIII consideró que esa distincion de un gabinete extranjero era como un desaire hecho á su persona. El rey manifestó querer hacer ostensible su satisfaccion por el buen resultado de la guerra, creando á M. de Villele caballero de las órdenes. M. de Villele tenia todo derecho á esa distincion, pero lo que el rey se prometia era lastimar mi amor propio; mal me conocia S. M. Tanto caso hacíamos de un cordon como de una cinta: no nos medimos á varas como una banda de seda, pero somos sensibles á la injuria cuando viene de lo alto. Solo por nosotros acababa de restablecerse la paz en Europa. El despacho de S. M. nos llenó de admiracion; parecia ir aumentándose en razon directa de nuestros servicios. Luis XVIII y su hermano no nos conocian bien. Este último al hablar de nuestra persona solia decir: *Buen corazon y cabeza caliente*. Esta vulgaridad de los hombres que no son capaces de conocer á los hombres, era inexacta: nuestra cabeza es muy fria y nuestro corazon jamás ha latido lo bastante por los reyes.

Despreciamos demasiado los empleos para empeñarnos en conservarlos á expensas de una afrenta,

aun cuando esta venga del mismo trono. La hija de Luis XVI se felicitaba de tener negra la dentadura porque eso demostraba su descendencia de la sangre de los Borbones; nosotros nos hubiéramos alegrado muy poco de estar tan de cerca unido á la corona; no nos agradaba representar en el consejo el papel de un maniquí. La terminacion de nuestra empresa nos habia animado á permanecer en nuestro puesto; olvidamos repentinamente el poderoso motivo de nuestra presencia en el ministerio, y tratamos de separarnos porque pretendian humillarnos: tal es nuestro carácter.

Esa zona azul cuya ausencia se habria reparado en nuestro pecho, hubiera demostrado que S. M. se hallaba poco satisfecho de nuestra persona, y que los demás reyes se habian engañado al conferirnos sus mas distinguidas órdenes.

Ocho dias despues de nuestra declaracion el rey nos concedió el cordon azul. Compasion causan tales mezquindades en la época que los tronos se estan derrumbando, y sin embargo esas mezquindades dieron continuacion al disfavor que el buen éxito de nuestra empresa habia anunciado, y nos hacian retroceder jun-

tamente con la corte á una época anterior á la guerra de la Fronda, á la época en que la distinción del taburete de madama de Pons preparó la Francia á una segunda revolución y produjo el arresto del gran Condé. Con frecuencia causa mas agitación una debilidad secreta que el destino de un imperio; un asunto superficial es en el fondo del alma un asunto grave. Si se vieran las puerilidades que cruzan por la mente del hombre de mas genio al consumir su mas grande acción, no podría uno menos de llenarse de asombro, que al fin sería injustificable: nada hay que tenga una importancia real; un reino no pesa ni vale mas que un placer.

Quando terminó ese ridículo conflicto escribí á M. de La Ferronais la carta siguiente:

«Todo se ha arreglado y mucho mejor de lo que me imaginaba. El rey ofendido del nombramiento del duque de Matisieu, y Villele, olvidado en la promoción han estado á punto de promover una gran tempestad, que nos habria hecho naufragar junto á una cinta despues de haber evitado escollos tan grandes; esa es la naturaleza humana. Me he visto en la necesidad de hablar y no han tardado en conocer que sin mí no era posible marchar y la tempestad se ha apaciguado. De todo esto resultará un bien, y es, que se convenceran de que si hemos de coronar la obra que hemos principiado tan prósperamente, no habrá mas remedio que permanecer unidos.

«No hay mas que hacer una cosa y es que pidais al emperador en mi nombre y para obligarme el cordon de San Andrés para Villele. No temais; no me daré por resentido y por el contrario representaré en este asunto un hermoso papel. Por otra parte es preciso ser justo; Villele despues del primer arrebato de mal humor, volvió prontamente á entrar en el terreno del interés común y de la amistad. Es todo un hombre de mérito superior, y como de aquí en adelante será preciso que me abandone del todo la dirección de la política extranjera, no podemos volver á tener rivalidad y nuestra union es indispensable para el reposo de la nación.

«Esta carta es enteramente confidencial, y no debe ser enseñada á nadie, procurando como generalmente lo haceis, presentar otra carta particular al emperador. El pequeño movimiento de mal humor que el rey habia tenido contra vos se ha disipado enteramente.

«Insisto en que pidais el cordon de San Andrés para Villele en nombre mio y á fin de que el emperador se digne concederlo á petición mia. Si lo conseguís, no hay inconveniente en que lo digais en vuestra carta oficial que ha de ser presentada al rey. Eso será bueno para vos, para mí, y excelente tambien para el emperador. Le pido esta nueva gracia en obsequio de la union y de la paz; que me lo conceda, pues está en consonancia con lo que ha hecho hasta el presente y ademas redundará en beneficio de la Francia.

«Enteramente vuestro, mi querido conde,

CHATEAUBRIAND.»

De manera que mientras que los amigos de Villele decian que éramos enemigos suyos, y que ambicionábamos su puesto; mientras que andaban maquinando para arruinarnos, estábamos por nuestra parte haciendo esfuerzos en San Petersburgo para que le dieran el cordon de San Andrés, y en una carta que no debia llegar á noticia de nadie declarábamos que el presidente del consejo era hombre de un mérito superior. Las fechas son en este caso argumentos sin réplica, que demuestran á un mismo tiempo nuestra amistad no desmentida y nuestra leal sinceridad.

VII.

Quiero entregar la cartera al duque de Montmorency y me resuelvo á permanecer en el ministerio.—Por qué obré así.

Por de pronto se nos ocurrió la idea de devolver á S. M. la cartera de Negocios Extranjeros suplicándole tuviera á bien confiarla al virtuoso duque de Montmorency. ¡Qué de molestias nos habríamos evitado! ¡Qué de divisiones no habríamos evitado á la opinion! La amistad y el poder no habrían dado un triste ejemplo, y la legitimidad tal vez subsistiría aun. Coronados de victorias habríamos bajado del ministerio de la manera mas brillante para entregar al reposo el resto de nuestros dias. La esperanza de esa tranquilidad era la que tan felices nos habia hecho al saber la capitulación de Cádiz. El interés de las colonias españolas, deteniéndonos en la realizacion de nuestro propósito ha sido el penúltimo salto de nuestra caprichosa fortuna.

Quando pensamos en la dimision se habia dado ya principio á nuevas negociaciones, cuyos hilos, si así puede decirse, estaban en nuestra mano. En diplomacia un proyecto concebido no es un proyecto ejecutado: los gobiernos tienen su rutina y su marcha particular; los protocolos no toman de asalto los gabinetes como los ejércitos toman las ciudades; la política no camina tan deprisa como la gloria al frente de los ejércitos. Nos figuramos que por haber preparado nuestra obra la conoceríamos mejor que nuestro sucesor; nos dejamos seducir de la idea de dar nuevas monarquías constitucionales á los Borbones, uniendo nuestro nombre á la libertad de la segunda América sin comprometer esa libertad en las colonias emancipadas. Dos calamidades son igualmente sensibles para la libertad: la anarquía y el despotismo; ambas pueden igualmente privar á un Estado de su independencia. Es de entender que la independencia sirve de apoyo á la independencia; la garantía de un pueblo libre es una garantía para un pueblo libre; no se derriba una constitucion generosa donde quiera que exista sin afectar toda la humanidad.

Como todo se eslabona en el destino de un hombre, es posible que M. Canning, asociándose á nuestros proyectos, hubiese evitado las inquietudes que turbaron sus últimos dias. Los talentos se dan prisa á desaparecer; va organizándose una pequeña Europa á gusto de la medianía; para llegar á las generaciones fecundas será preciso atravesar un desierto.

Por último no podíamos desentendernos de nuestro deseo de dar á la Francia sus antiguas fronteras. El emperador de Rusia nos escuchaba y ya hemos dicho en qué fundábamos nuestras esperanzas; podíamos desafiar á la Inglaterra, sin temor de que nos hubiera declarado la guerra; habríamos querido marchitar los laureles de Waterloo.

Tales fueron las causas que nos decidieron á permanecer en el ministerio. Segun nuestras ilusiones pensábamos que nuestros colegas nos permitirían dar la última mano á una obra que aseguraba su permanencia en el poder. Teníamos la candidez de creer que siendo peculiares de nuestro ministerio los asuntos exteriores del reino, no tendríamos que temer que en el interior se nos opusiera ningun obstáculo á nuestro camino. Ibamos como el astrólogo con la vista fija en el cielo y no vimos á nuestros piés el pozo en que caímos. La Inglaterra celebró nuestra caída; es cierto que teníamos guarnicion en Cádiz.

VIII.

Gastos de la guerra.—Lo que costó á Luis XIV y á los ingleses sus expediciones sucesivas en la península.—El problema del orden social no se resuelve con números.

Habiendo terminado prósperamente la guerra con grande admiracion de las mas sólidas cabezas de la

oposición los calculadores vinieron en socorro de estos. Las contratas Ouvrad se hicieron públicas y se trató de demostrar como indemnizacion de un resultado impensado la enormidad de los gastos de la expedición.

La empresa militar de 1823 ha puesto en evidencia dos cosas que jamás se habian visto hasta la época de nuestra monarquía; una guerra hecha conservando la prensa su libertad y bajo un régimen constitucional.

Hasta entonces no habia tenido la nación verdadero gobierno representativo, la Convencion ni el Directorio no toleraban la discusion. No habia tribunal público en donde se tuviera que dar cuenta del último óbolo gastado. No se examinaban en la tribuna las memorias de los contratistas. Si se ofreciera á nuestra consideracion el estado de gastos de las mas brillantes campañas de Luis XIV y de Bonaparte, no podríamos menos de quedar asombrados.

Luis XIV empleó nueve años, perdió al duque de Vendome, gastó mas de 2,500,000,000 de nuestra moneda y estuvo á punto de abandonar su capital amenazada para sentar á Felipe V en el trono de Carlos II; Luis XVIII ha conservado su sobrino y no ha necesitado mas que doscientos millones y cuatro meses para devolver al nieto de Felipe V su corona.

¡Qué de millones no sepultó Napoleon en esa España de donde al fin tuvo que salir! El gobierno británico formó para uso de su ejército un tren de diez mil mulas de carga y por medio de prensas hizo que el heno fuese transportable desde los puertos de Irlanda á los de Lisboa y Cádiz. Derramando dinero á manos llenas fue como los ingleses obtuvieron victorias contra un ejército no acostumbrado á las desgracias; pero desprovisto de transportes y teniendo que vivir de requisiciones.

La península no tiene un rio que sea navegable en todo su curso; algunas carreteras y un solo canal en proyecto sirven para las comunicaciones; los desfiladeros de sus sierras son casi impracticables. No hay en la península el trigo necesario para el consumo del año y se ven en la necesidad de importar del extranjero veinte y dos millones de fanegas de cereales y una considerable masa de carne fresca y carne salada. Los tesoros de América no hacen mas que pasar por la España. El oro y la plata acuñada existente en ese reino antes de la guerra de Bonaparte, podia estimarse cuando mas en unos 500,000,000, y sin embargo Méjico y el Perú habian derramado en su suelo 56,000,000,000 segun cálculos de Gerónimo Ustariz, no contando los 6,000,000,000 que entraron desde el 1742 en que Ustariz escribió. La Inglaterra llevaba á su ejército todo lo que este necesitaba desde la avena que alimentaba al caballo, hasta el dinero que hay que dar al soldado; los gastos de una sola campaña de Wellington sobrepujan á todos los de la expedición del duque de Angulema.

¿Le parecieron á Inglaterra excesivos los gastos con que habia comprado su victoria? Sin embargo en la guerra que los hizo no se trataba de la existencia de los reinos Unidos en tanto que en la expedición francesa nada menos se defendía que la vida política de Francia. La cuestión era la siguiente. ¿Volverá á renacer la revolución, ó triunfará la causa de la legitimidad? A fin de decidirla favorablemente, impidiendo que la patria volviera á ser abrumada de las calamidades revolucionarias, no debia considerarse excesivo un gasto de 208,000,000, de los cuales se le debian ya 34,000,000. Todo lo que sea librarse de revoluciones que naturalmente traen consigo escandalosos despilfarros, puede considerarse como económico. Esa suma de 200,000,000 apenas llega al total que los jacobinos tuvieron que gastar en expropiaciones, demoliciones, deportaciones, cárceles, carceleros y verdugos.

En la guerra de la revolución M. Pitt presentó en

masa enormes sumas empleadas en provisiones y en pagas de cuerpos extranjeros; el parlamento no entró en discusion de esos detalles; tratábase de la salvacion de Ioglaterra y no se tomaba en cuenta la moneda; no se contaban sino las victorias.

Suponiendo que Francia en la expedición de Angulema no hubiese trabajado tambien por sus intereses materiales (lo contrario está ya abundantemente demostrado), en el caso de que no hubiera tratado de defender mas que los intereses morales de la legitimidad, todavía diríamos que el reducir la cuestión al terreno del positivismo sería uno de los errores mas clásicos que se pudiera cometer; resolver los problemas del orden social por medio de números, es proponer un problema irresoluble; los números no dan mas que números. Con números no se edificará un monumento; se desterrarán las artes y las letras como superfluidades costosas, ni en ningun caso se tratará de saber si una empresa es justa ó honrosa sino si es productiva. Un pueblo acostumbrado á no mirar mas que el curso de la renta y á cómo se vende la vara de paño, no será capaz, si llega á encontrarse expuesto á una conmoción, ni de energía, ni de resistencia, ni de la generosidad del sacrificio; el reposo engendra cobardía; quien vive entre ruecas, necesariamente ha de espantarse de espadas. Los sentimientos generosos nacen de la práctica de arrostrar el peligro; una multitud de virtudes son accesorias del ejercicio de las armas. No es conveniente afeminar el ánimo, ni enervarse en las costumbres tímidas del hogar, ó en el ejercicio doméstico de las profesiones. Quando no hay nada que celebrar, ni nunca se tiene que defender á la patria; cuando no hay capacidad para ser poeta ni soldado, se pierden las ideas de honor y los caracteres se bastardean; una nación degenera hasta convertirse en una innoble raza, y se turba á la vista de la sangre á menos que no esté práctica en los mortines. La libertad que se espanta de la gloria, ó se entusiasma por la paz del hogar se corrompe de dos maneras distintas; por la guerra toma el carácter de tiranía, por la paz el corazon de un esclavo.

Es pues cierto que el sentimiento moral en un pueblo debe ser cultivado hasta en provecho de los intereses materiales; luego el honor es un bien real particularmente en Francia. Al pesar la expedición de España pongamos en un lado de la balanza el honor, en el otro los escudos, y veamos cuál pesa mas.

IX.

Fernando.—El reinado de las camarillas sucede al de las cortes.—Colonias españolas.—La forma monárquica les conviene mas que la republicana.—En qué se funda esta opinion.

La nueva herida próxima á abrirse á poco de haberse cerrado la otra, cauterizada por nuestro hierro, no tardó en manifestarse; pero nosotros obramos como debíamos sin tener en cuenta la prevision del mal. Fernando se oponia á toda medida razonable. ¿Qué podia esperarse de un príncipe que hallándose cautivo habia solicitado la mano de una mujer de la familia de su carcelero? Es evidente que habria quemado su reino en un cigarro; los soberanos de este tiempo parece que han nacido con disposicion para arruinar una sociedad condenada á perecer. El reinado de las camarillas principió cuando el de las cortes concluyó. Los embajadores extranjeros tomaron parte en las intrigas de aquella; acariciando, halagando ó rechazando á un favorito procuraron adquirir cerca de Fernando una autoridad independiente de la Francia. Los individuos que habian compuesto las antiguas juntas no nos habian atormentado tanto; con ellos nos habia bastado la fuerza, pero ahora enredados en las intrigas no podíamos romper lazos invisibles que se rea-

nudaban por sí mismos y estaban artísticamente tejidos, reforcidos y reforzados.

Mas de todas maneras, nuestro objeto habia sido ya conseguido, solo nos faltaba retener la España en la órbita de nuestra política, y terminar el asunto de sus colonias.

Sabido es nuestro proyecto; queríamos arrancarlas a la Inglaterra y transformarlas en reinos representativos gobernados por príncipes de la casa de Borbon. Creíamos que la forma monárquica era mas conveniente á esas colonias que la forma republicana, así lo habíamos manifestado en nuestro viaje á América. Cuando un pueblo carece de primera educacion solo pueden dársele los años.

Desde 1790, Miranda principió á tratar con Inglaterra acerca de la emancipacion. Estas negociaciones volvieron á entablarse en 1797, 1801, 1804 y 1807. En fin, se lanzó á la empresa en 1809 y concluyó fuertemente; pero la insurreccion de Venezuela tomó incremento y Bolívar la extendió.

La cuestion se presentaba ya bajo otro aspecto; la España se habia sublevado contra Bonaparte; el régimen constitucional proclamado en Cádiz habia extendido ideas de libertad hasta en las regiones americanas.

Inglaterra no podia atacar ostensiblemente las colonias españolas, porque el rey de España, prisionero en Francia, era aliado suyo; así es que el gabinete de Londres publicaba *bills* prohibiendo á todo súbdito de S. M. B. dar auxilio á los americanos; sin embargo, seis ó siete mil hombres reclutados á despecho de esos *bills* iban á sostener la insurreccion de Colombia.

Después de la primera restauracion de Fernando, el gabinete español cometió muchas faltas; el gobierno restablecido por la insurreccion de la isla de Leon se manifestó inhábil, las córtes fueron todavía menos favorables que el gobierno absoluto á la emancipacion colonial. Bolívar con su actividad y victorias, concluyó de romper todos los lazos.

No han sido por consiguiente impulsadas las colonias españolas á la emancipacion por un principio de libertad como los Estados Unidos; ese principio no tuvo en su origen la virtud ni la fuerza de voluntad congenial de una nacion. Las colonias se desprendieron de España porque esta nacion se hallaba invadida por Bonaparte; en seguida se dieron constituciones como las córtes se la dieron á la madre patria; finalmente no les propusieron nada de razonable, y no quisieron volver á colocarse bajo el yugo.

La influencia del clima, la falta de caminos y de cultura hacian infructuosos los esfuerzos que los españoles hacian contra esas repúblicas que lo eran *sin quererlo ser*. Veinte años de revolucion han creado derechos, propiedades y empleos que la camarilla, ó un decreto de Madrid no destruiria fácilmente. La nueva generacion nacida en medio de la revolucion de ultramar está llena del sentimiento de una independencia que no espera conseguir, si dependiera de la madre patria.

Pero esa libertad podia establecerse en la América española por un medio mas fácil y seguro que el republicano; por un medio realista moderado que aplicado en tiempo útil habria hecho desaparecer multitud de obstáculos. Por lo menos así lo creemos nosotros.

La monarquía representativa habria sido mas apropiada al carácter español, al estado de las personas y de las cosas en un país en que la gran propiedad territorial domina, en que el número de los europeos es pequeño y el de los negros y los indios considerable, en que la esclavitud es de costumbre pública y en que la instruccion falta en las clases populares.

Las colonias españolas organizadas en monarquías constitucionales habrian acabado su educacion política al abrigo de las tempestades, á cuyo impulso las repúblicas nacientes pueden ser derribadas.

La historia ha confirmado nuestras predicciones. ¿En qué estado se encuentran hoy esas colonias? Una eterna guerra civil y tiranos sucesivos detrás del nombre permanente de libertad es lo que se ve en aquellas desventuradas regiones.

Queda por consiguiente demostrado por lo que acabamos de decir, que al pensar en la creacion de monarquías bajo el cetro de los Borbones, trabajábamos tanto en beneficio de aquellos países como en el engrandecimiento de la familia de San Luis.

X.

Siguen las objeciones.—La expedicion de España no precipitó las colonias españolas en los brazos de Inglaterra.—Pruebas suministradas por dos fechas y los datos.—M. Canning.—Su discurso.

Después de vistos los sucesos se ha dicho que la expedicion de España perdió las colonias de esta nacion y las arrojó en brazos de la Inglaterra.

Por de pronto si hubiéramos permanecido en el poder teníamos motivo para esperar que esas colonias habrian entrado en el límite de nuestros planes; pero sin rechazar este ataque para no recibirlo, nos bastará recordar las fechas, que son un asunto capital en toda clase de negocios.

Acabamos de decir que las primeras turbulencias estallaron en Buenos-Aires, en Colombia y otros Estados en 1810, y que desde la época de la invasion de España por Bonaparte, la Inglaterra especuló constantemente sobre las dos Américas. Nos hallábamos al frente de la embajada de Londres en 1822, cuando un *bill* del parlamento abrió las puertas de los tres reinos á los pabellones de la independencia americana; los empréstitos de Colombia se cotizaban en los fondos públicos. Inglaterra, apoyándose en ese *bill*, declaró sus opiniones en el congreso de Verona el 24 de noviembre del 1822, como las habia ya mencionado en el congreso de Aix-la-Chapelle en 1818. Cangeáronse los documentos oficiales, y la Francia depositó en el protocolo el 26 del mismo mes (noviembre 1822), una nota cuya redaccion nos fue confiada. Es de observar que los ministros de S. M. B. no la *incluyeron* entre los papeles depositados en la mesa de la cámara de los Pares ni en la de los Comunes, durante los primeros dias de marzo de 1824. Bien hicieron de obrar de ese modo: la nota los condenaba, al propio tiempo que era un testimonio de la moderacion é inteligencia que teníamos de nuestros deberes políticos. La Francia no sacrificó sus derechos sobre el porvenir, ni su independencia. Evitando el cortar bruscamente cuestiones que podian conmovir la Europa, las establecimos sobre una base á propósito para estar á la mira de los sucesos, base que procuramos que fuese amplia para que en ella cupieran los intereses de los pueblos en general, los de nuestro país en particular, los de la España, los derechos de las naciones, y los principios de la legitimidad. Ya se ha visto que M. de Villele quedó muy satisfecho de aquella nota.

Muchas veces los ministros de S. M. B., han declarado que hacia ya tiempo habian notificado al mismo gobierno español, su proyecto de reconocer la independencia de las colonias americanas. En fin, bajo el gobierno de las córtes, bajo ese régimen de libertad que habria debido agrandar á las colonias, fue cuando estas rompieron los últimos vínculos que las unian á España, así como Santo Domingo se separó de Francia, tambien durante la época de la revolucion.

Queda por consiguiente demostrado, que nuestra presencia momentánea en la península, no pudo inducir la Inglaterra á resoluciones ya tomadas y manifestadas por medio de actos anteriores á la campaña de 1823, antes por el contrario, se infiere que las negociaciones que entablamos suspendieron la realizacion de esas resoluciones.

Esto contesta de rechazo á un célebre discurso; M. Canning reunió en su *speech*, las ideas lanzadas á la casualidad por la oposicion francesa: prefiriendo el brillo á la verdad, perdió como hombre de Estado lo que habia ganado como buen hablante; si abandonó la primera cualidad que Quintiliano reconoce en el orador, cubrió por lo menos la jactancia y el sofisma con una brillante elocuencia.

«Uno de los medios de rehabilitacion, dijo M. Canning, era una guerra contra la Francia. Aun habia otro medio: era el hacer la posesion de ese país inútil entre sus manos rivales; todavía mas que inutilizarlo hacerlo perjudicial á su mismo poseedor.

«Este es el medio que he adoptado ¿No pensais que Inglaterra ha encontrado en ese sistema una compensacion de lo que tuvo que sufrir al ver entrar en España el ejército francés, y al ver el bloqueo de Cádiz?

«He considerado la España bajo otro aspecto: he fijado la vista en la España y las Indias. He llamado en estas últimas regiones á la existencia á un nuevo mundo y de esa manera he equilibrado la balanza. He dejado á la Francia todos los resultados de su invasion.

«He encontrado una recompensa por la invasion de España, dejando á la Francia un peso de que se quisiera desembarazar, y que no puede sostener sin quejarse: así es como contesto á lo que se ha dicho acerca de la ocupacion de España. No puedo menos de tener la guerra cuando contemplo el inmenso poder de nuestro país. Sé que vendrán á colocarse bajo su bandera para tomar parte en la lucha, todos los descontentos y todos los espíritus inquietos del siglo, todos los que justa ó injustamente no se hallan contentos de la condicion actual de su patria.

«La idea de semejante situacion, excita todos mis temores, pues demuestra que en manos de la Gran Bretaña existe un poder mas terrible tal vez, que el que en ningún tiempo se vió en accion en la historia de la raza humana (*oid*). Pero si es bueno tener una fuerza gigantesca, puede haber tiranía en usar de ella como un gigante. La conciencia de poseer esa fuerza constituye nuestra seguridad; pero el asunto es no buscar la ocasion de desplegarla sino parcialmente, esto es, de un modo que baste para hacer conocer á los exagerados de las dos partes que deben precaverse de convertir su *árbol* en competidor (*oid*). Puede la situacion de nuestro país compararse á la del que rige los vientos, como lo dijo Virgilio:

«Celsa sedet Eolus arce,
Sceptra tenens; mollitque animos, et temperat iras;
ni faciat, maria ac terras cœlumque profundum
Quippe ferant rapidi, verrantque per auras.»

«Hé aquí la razon, inversa del temor, contraria á la impotencia que me ha hecho temer la reaparicion de la guerra. Si esta razon fuese conocida por los que obran en opuesto sentido, antes de que llegue el tiempo de emplear nuestra fuerza, seria un incidente que importaria mucho, y yo me armaria de paciencia para mucho tiempo: sufriria casi todo lo que no toque á nuestra fe y á nuestro honor nacional, antes que desencadenar las furias de la guerra, cuyo azote está en nuestras manos, y que no sabemos sobre quién descargaría su furor, ni en dónde se detendría la devastacion.»

La herida que habíamos hecho á la Gran Bretaña, era profunda, cuando M. Canning dos años después de nuestra expedicion, se veia obligado á excusarse de no haber tomado las armas. Con su permiso entramos en España como niños á quienes se engaña y con quienes se juega. Y ¿por qué razon nos permitió M. Canning conseguir ese pueril triunfo? para que se convirtiera en daño nuestro y para llamar á la existencia á un nuevo mundo. En seguida la Inglaterra

en su probidad política, se espantó de su propio poder: Eolo no quiso desencadenar los vientos que rige con su cetro, de manera que la conducta del ministerio británico, es una obra maestra de habilidad y de grandeza de ánimo.

Venid á ver por solo la exposicion de las fechas, cuán infundado es el aserto de M. Canning por lo tocante á las colonias; la América española estaba emancipada; los puertos de Inglaterra estaban abiertos á sus buques en la época misma en que M. Canning, que todavía no era ministro, iba á embarcarse para América.

Las palabras de nuestro honorable amigo, no pueden menos de entristecernos profundamente, porque nos revelan un hombre demasiado preocupado en querer conservar la superioridad en un asunto de que habria salido mas airoso teniendo el valor de aprobarlo en vez de combatirlo. Es la primera vez que en la tribuna política se habian pronunciado manifestaciones tan desdeñosas, ni maldiciones tan francas; ni los Chatam, ni los Fox, ni los Pitt, no expresaron tan amargos sentimientos contra la Francia. Al referir lord Londonderry al parlamento inglés la batalla de Waterloo, ¿qué es lo que decia en medio de la exaltacion de la victoria? «Los soldados franceses y los ingleses lavaban sus ensangrentadas manos en un mismo arroyo, y se felicitaban mutuamente de su valor.» Ese era el lenguaje de un noble enemigo.

La Inglaterra es un gigante; séalo: no le disputamos la altura que quiere darse, pero ese gigante no causa temor ninguno á la Francia: hay colosos que tienen los piés de barro.

La Inglaterra es Eolo; séalo: pero Eolo, ¿no podrá tener tempestades en su mismo imperio? Imprudentia es hablar de los descontentos que puede haber en otros países, cuando se tienen en el suyo cinco millones de católicos oprimidos, cinco millones de hombres que apenas se contienen con un ejército permanente en Irlanda; cuando es necesario fusilar poblaciones enteras que se mueren de hambre, cuando el pauperismo va tomando cada dia mas extension.

¿Cómo! ¿Si la bandera británica tremolaba vendrian á colocarse bajo de ella todos los descontentos del globo? Es una cosa deplorable el tener que contar por auxiliares las pasiones y las desgracias de los hombres; el prometerse triunfos que podrian tomar su origen del trastorno de la sociedad, el poseer una bandera de tal virtud que desde luego seria elegida por la discordia. Infelicidad es tener que confesar que se sacaría poder de la confusion y del caos. Si el gigante de Inglaterra confiesa que al salir de su isla puede incendiar el mundo, ¿no justificará que el *bloqueo continental* fue otro gigante?

La Francia, durante nuestro ministerio, tenia pretensiones de otro género; habria querido reunir al rededor de su bandera, en los campos de batalla, no los perturbadores de los diversos países, sino los hombres leales al honor y á la patria, y los amigos de las libertades públicas en el órden discreto y legal. Si alguna vez hubiéramos tenido intencion de combatir á la misma Inglaterra, no habríamos ensayado levantar en el suelo en que está sentada á los hogares, y en el polvo sagrado de sus antepasados, los millones de descontentos que se ha creado; no habríamos iluminado nuestro paso con las teas de la guerra civil: victoria que no fuera precio de nuestra propia sangre, seria indigna de nosotros. El mundo agradeceido se obstinará en no deber á la patria de los Bacon, Shakespeare, Milton, Newton, Byron y Canning, mas que luces. La nacion inglesa ha hecho demasiado honor á la naturaleza humana, para que nunca se intente perderla por medio de tempestades excitadas en su propio seno.